

EL PERÚ EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICA



I

AL cumplía, ciertamente, al pueblo americano conquistado para la civilización por el heroísmo y astucia de Francisco Pizarro, desatender el llamamiento de España, que pedía á las que fueron sus hijas y hoy naciones libres é independientes, que tomaran participación en las clásicas fiestas destinadas á solemnizar el descubrimiento de América, el más grandioso acaso de los hechos que la Historia consigna.

En el Perú, más que en las otras repúblicas de América, está latente el amor á la metrópoli. Y la razón es bien óbvia. Hasta 1824 nuestra historia, más que nuestra, es española, y no se rompen fácilmente por completo los vínculos tradicionales que á los pueblos ligan.

Lima tuvo los refinamientos todos de una corte. Sus virreyes ostentaron el mismo boato que los monarcas europeos, excediéndolos en muchas ocasiones; pues fiestas hubo en las que el representante del Rey pasó bajo arcos de plata y pisando baldosas del mismo preciado metal.

En ninguna de las que fueron colonias hubo mayor número de títulos de Castilla que en el Perú. Un duque con grandeza de España (el de San Carlos) cincuenta y nueve marqueses y cuarenta y cuatro condes, amén de triple cifra, por lo menos, de caballeros de hábito, según lo consigna extensamente el Nobiliario del oidor Reza-bal, fueron núcleo de otras tantas familias aristocráticas que, después de setenta años

de república, apenas pueden resignarse á vivir bajo régimen igualitario, en que la inteligencia, la honradez y el trabajo son los únicos títulos que levantan al hombre sobre el nivel vulgar. En la república cada cual es hijo de sus obras. Toda sangre es roja, y ya tendría tarea el químico que se propusiese encontrar en ella residuos de añil.

Y si en cualquier país está siempre visible la gente que se estima de alta esfera, en el Perú había superior razón para que así sucediese; porque, relativamente, era grande, en una masa de población de tres millones, el número de personas favorecidas por felices, excepcionales circunstancias, y que necesariamente tenían que hacerse notables entre la multitud del estado llano: por que los indígenas eran mirados como tribus de idiotas; y por último, por que había esclavos africanos y otras castas, que componían lo que se llamó última plebe.

Y esa clase superior jamás renegó de España ni dejó de inculcar en sus descendientes cariño por la metrópoli. Nadie puede dar más de lo que posee, y España, en materia de civilización, no llevó á América mucho, pero sí, bueno ó malo, cuanto ella poseía. Hay, pues, clamorosa injusticia en acusarla, por culpas que fueron de la época y no de los gobiernos ni de la sociedad.

Pasado el fragor de la guerra de independencia, desapareció también todo sentimiento de encono contra España que, con régimen más liberal para con las colonias, tal vez no habría precipitado el término de su dominación en ellas.

Y no podía, ni puede ser de otra manera. A las causas ligeramente apuntadas hay que añadir el culto, en que á los peruanos sólo igualan los hijos de las tres repúblicas de Colombia, por el habla armoniosa de Castilla.

Costumbres, que en España misma tienden á desaparecer, se conservan en el Perú con todo su primitivo y poético encanto. La moda francesa es impotente contra ellas. ¿Seremos acaso en esto los americanos más españoles que los hijos de la Península?

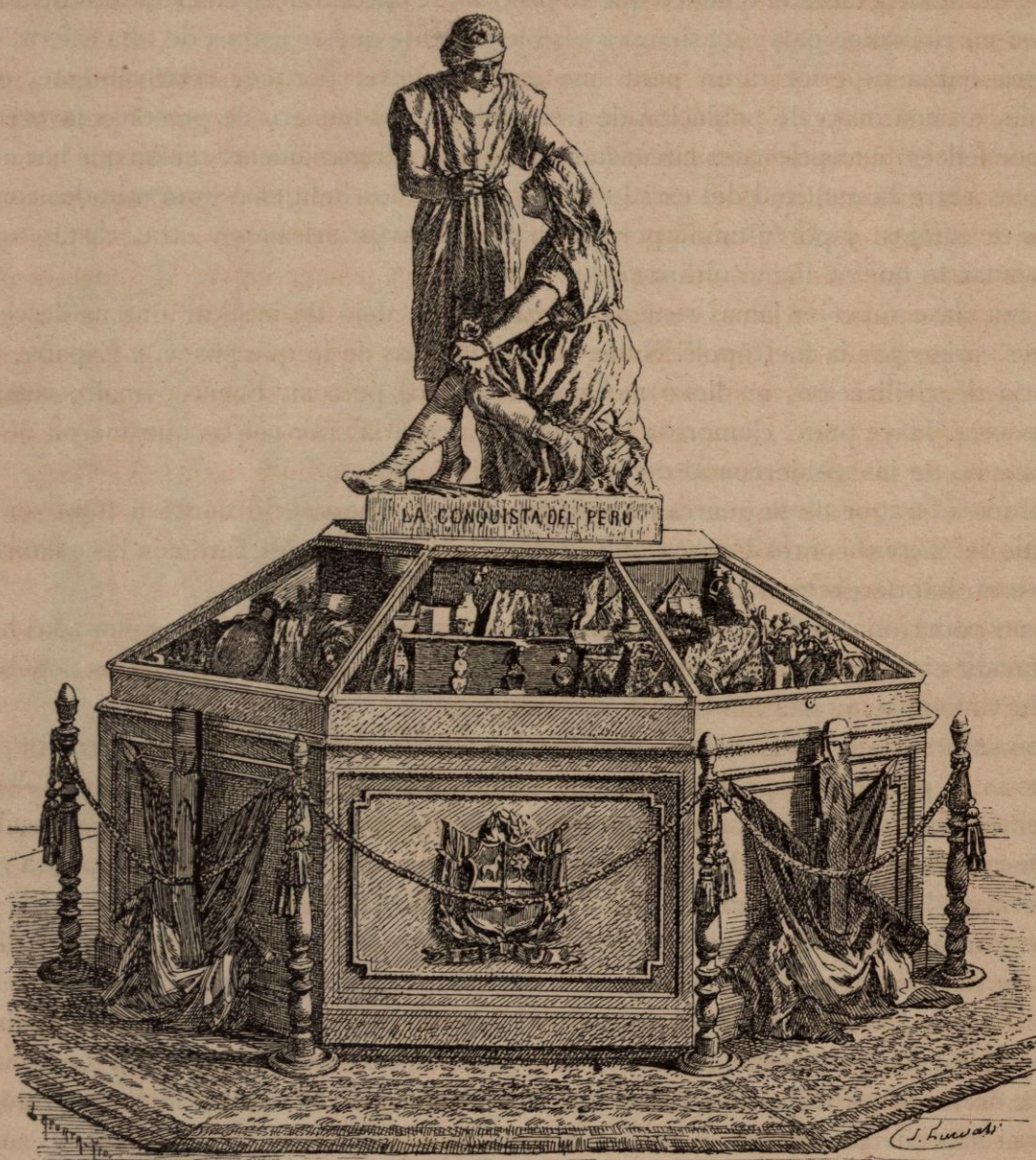
¿Qué mucho, pues, que la invitación de España hubiera encontrado simpática resonancia en los hombres del gobierno, en la prensa y en todas las clases sociales?

Desgraciadamente la fatal guerra cuyos estragos aún se sufren, después de diez años de terminada, en el que fué gran emporio de riqueza, no ha permitido al Perú concurrir á la Exposición madrileña con la esplendidez que su pasado y su renombre le imponían. Pero modesta, como es, la Exposición de objetos de arte precolombino que la tierra de los Incas ha presentado, comprueba, por lo menos, la buena voluntad y el filial afecto con que el Perú toma parte en todo lo que, para España, simboliza imperecedera remembranza de sus días y acciones más gloriosas.

II

La cerámica peruana ha sido siempre objeto de serio estudio para los etnógrafos y arqueólogos, afanosos por descifrar el misterio que envuelve los orígenes y la historia de las razas que pueblan el mundo por Colón descubierto.

En la cerámica incásica, como en la mexicana, el menos entendido encontrará siempre semejanzas con las esculturas egipcias, y argumentos en favor de la controvertida creencia en el origen asiático de los americanos.



Las *huacas* ó sepulcros en que los indios, según su categoría, eran enterrados, con sus utensilios de agricultura, sus ídolos y cántaros de barro ó de metal, sus turbantes de plumas, sus aretes, pulseras y otros adornos de oro y piedras preciosas, tienen que ser, para los hombres de ciencia, perennes elementos de investigación. Hay que leer en ellos como en páginas cubiertas por el polvo de los siglos.

La Exposición peruana, bajo este concepto, es muy valiosa. Ocupa dos vitrinas rectangulares y una gran vitrina octógona, sobre la que descansa un grupo escultural trabajado en yeso por el joven artista D. Lorenzo Roselló, enviado por el gobierno del Perú para ejecutar en Madrid el trabajo, que ha merecido medalla de oro del competente Jurado.

Representa este grupo á un indio de pura raza convertido al cristianismo que, con la creencia de su nueva fe arraigada en el espíritu, vuelve á su hogar y presenta á su esposa el emblema del sacrificio y la redención, excitándola á adorar la cruz. La india, que aún conserva un ídolo en la mano, le escucha en actitud de postrarse convencida ante el signo de la fe católica. El ideal del artista no puede ser más conceptuoso.

En la parte baja de la vitrina octógona llaman, en primer lugar, la atención varios finísimos tejidos de lana, verdaderas maravillas cuya labor no acierta uno á explicarse, si considera que han sido necesarios todos los progresos de la industria moderna para producir hoy tejidos como los que, há más de cuatro siglos, eran peculiares de los hijos del Sol. Comparados con los que se exhiben en las otras secciones americanas, no puede desconocerse que la ventaja está en favor de los del Perú.

Junto con los tejidos se ven dos vasos de plata figurando rostros de indígenas, y una caja de filigrana trabajada en Ayacucho, ciudad en que los trabajos de platería son y han sido verdaderas obras de arte.

Entre los objetos de oro, como alfileres ó *topos*, mates, *huinchas*, aretes, pulseras, argollas, etc., merecen gran aprecio una mascarilla representando una cabeza de tigre, un idolillo y un alcatraz con las alas abiertas.

Pero si la sección de que hasta aquí nos hemos ocupado someramente abunda en importancia, ella es corta comparada con la de cerámica. Componen ésta cincuenta *huacos* con los que el gobierno peruano se proponía dar principio á la formación de un nuevo Museo en reemplazo del que fué destruído por la ocupación chilena, que estimó como botín de guerra los libros de la Biblioteca Nacional, las obras de arte y hasta los gabinetes de física, astronomía y ciencias médicas existentes en los diversos cuerpos universitarios del Perú.

La cerámica peruana de los indígenas del Centro y Norte es, en mucho, superior á la del Sur. Los *huacos* presentados por el Gobierno en la Exposición madrileña proceden de las *huacas* de Trujillo y Chimbote, habiendo uno de Chiclayo y otro de Lurín.

Cuatro *huacos* pertenecen al curioso y muy estimado género de *silvadores*, y otros cuatro, sin ser precisamente del género pornográfico, en que es rica la cerámica del Sur, vienen á robustecer la opinión de que las enfermedades venéreas no eran desconocidas en América antes de la conquista.

Un cántaro en que se ve un ídolo con cinturón de culebras y dos cabezas de tigre; otro que figura un dragón con cola de serpiente, y dos que representan guerreros con diversas armas y atributos, son también merecedores de estudio.

Hasta aquí la exhibición oficial del Perú. Pasemos á dar noticia de lo expuesto por particulares.

III

El señor conde Alberto Larco, acaudalado caballero italiano establecido desde hace cuarenta años en Lima, exhibe, en una de las vitrinas rectangulares, una preciosa colección de sesenta y un *huacos*, la que pasará después á uno de los Museos de Italia como obsequio de su dueño. Treinta y ocho de los *huacos*, entre los que hay no pocos de mérito, pertenecen á la cerámica del Norte y han sido extraídos de sepulcros en el valle de Chicama. Los veintitrés restantes son de la cerámica del Centro, descubiertos en el que fué templo del Sol, cuyas ruinas se ven en el valle de Pachacamac, á siete ú ocho leguas de la capital peruana.

Otra de las grandes vitrinas contiene ochenta y cuatro *huacos* de barro negro, pertenecientes á la cerámica del Norte, y veinticinco de barro blanco, algunos con inscripciones jeroglíficas, y que, extraídos de una *huaca* de Chancay, á veintiséis leguas de Lima, son estimadísimos en la cerámica del Centro. El señor duque de Almodóvar del Valle, ex representante de España en el Perú, es quien exhibe tan notable conjunto de antigüedades.

El Excmo. Sr. D. Emilio de Ojeda, actual y queridísimo ministro de España en Lima, ocupa dos lados de la vitrina octógona con cuarenta *huacos* descubiertos en un templo del Chimú, y que comprueban la superioridad que los anticuarios acuerdan á la cerámica del Norte. Hay, entre lo exhibido por el señor de Ojeda, dos *huacos* semejantes á los que se ven en la *Necrópolis de Ancon*, publicación reciente editada en Alemania con espléndidos grabados al cromo. Esta coincidencia arrastra al hombre estudioso á investigar hasta qué punto, aunque con costumbres, dialecto y hasta culto religioso distinto, se asimilaron los cacicazgos ó pequeños reinos del Norte y Centro, antes de ser sometidos á la dominación imperial del monarca del Cuzco.

IV

Fuente copiosa de estudio, que podrá ser proficuamente utilizada por la ciencia española, ofrecen los objetos precolombinos exhibidos por el Perú, que ha hecho cesión al Museo de Madrid de todo lo contenido en la vitrina octógona. Pobre es, en verdad, el donativo, si se le considera sólo por el valor metálico que representa; pero es rico, si se le aprecia como manifestación espontánea del filial cariño que la nación peruana abraza por la que siempre ha reconocido como madre patria.

RICARDO PALMA
(Delegado del Perú).

Madrid; Febrero de 1893.